

Biblia y Catequesis

Luiz Alves de Lima

¿Por qué la Biblia es la fuente principal de la catequesis? Esta es la primera pregunta propuesta a nuestra reflexión por el *Instrumento de Trabajo de la Primera Semana Brasileña de Catequesis*. ¿Por qué esta pregunta? Porque tradicionalmente la fuente principal de nuestra catequesis en el pasado ha sido, en general, el texto de catequesis, o simplemente el catecismo. La catequesis renovada, a la siga de toda la renovación de la Iglesia, procura volver a las fuentes. De acuerdo al pensamiento actual de la Iglesia, es la Biblia, leída en el contexto de la vida, a la luz de la tradición y del magisterio de la Iglesia (DP 1.001; cfr. CT 27) el libro por excelencia de la catequesis (cfr. *Catequese renovada* 87-88; 154-155; 176).

Hay todavía otra pregunta relacionada con ésta. Si la catequesis se debe inspirar en el proceso de la Revelación, ¿cuáles son los pasos utilizados preferentemente por Dios y cómo utilizarlos en la catequesis? ¹.

Para comprender el lugar de la Biblia en la catequesis y el valor de la pedagogía de Dios, es decir, de los pasos utilizados por Dios en la educación de su pueblo, necesitamos reflexionar sobre la Palabra de Dios. ¿Qué es esta palabra? ¿Cómo se comunicó Dios a los hombres? ¿Dónde la encuentra? ¿Qué relación hay entre la Palabra de Dios y la catequesis? ².

Muchas veces observamos una separación entre Fe y Vida, separación entre el mensaje evangélico que la catequesis procura transmitir y la realidad de la vida con sus problemas y situaciones (cfr. "Catequese Renovada" 26, 2º item). Puede atribuirse la causa de esto a una falsa comprensión de lo que es la Revelación de Dios, como si fuese sólo un conjunto de doctrina y conocimientos que debemos aprender. Si eso es la Revelación, entonces la catequesis también será simplemente una transmisión de doctrinas. Pues bien esas ideas hay que superarlas. Es lo que la Iglesia nos propone principalmente en la Constitución Dogmática *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II. Haremos pues una reflexión sobre la Revelación a partir de este documento y de *Catequese Renovada*.

¹ CNBB, Setor Catequese, *Primeira Semana Brasileira de Catequese, Instrumento de Trabalho*, n. 1. Brasília 1985, pp. 9-10.

² Este asunto fue tratado por todos los grandes documentos sobre la catequesis después de Vaticano II, particularmente por *Catequese Renovada-orientações e conteúdo*, (CNBB 1983) n. 33-89; 152-157; 175-176 y *Líneas comunes de Orientación para la Catequesis en América Latina* (CELAM 1985) n. 1-43. De una manera mucho más amplia, profunda y científica este tema está tratado en la obra de Emilio ALBERICH, *Catequesis y Praxis Eclesial*, Madrid, Central Catequística Salesiana, 1983.

1. Dios se ha querido revelar a los hombres

La palabra "revelación" expresa un gran dato de nuestra fe: Dios se dio a conocer, entró en nuestra historia, en nuestra vida, habló con nosotros. Este es el gran misterio: Dios, infinitamente santo, poderoso, diferente de todo lo de este mundo, se dignó mostrarse a nosotros para manifestar su amor.

Creemos que la creación ya es una revelación de Dios. Ella fue un acto de amor hacia nosotros en Jesucristo (cfr. Cl 1, 16-17). Pero además de manifestarse a través de la creación, quiso Dios revelarse más expresamente mediante un pueblo escogido, y principalmente a través de Jesucristo. ¿Cuál es el objeto de esta Revelación? Muchos piensan que Dios hizo revelar algunas "verdades" sobre El. También eso es cierto; sin embargo el objeto verdadero y principal de la Revelación, es decir, aquello que Dios hizo en primer lugar manifestar al entrar en la caminata de la humanidad fue a Sí mismo, su amor su designio de salvación, su voluntad de comunicarnos su vida. El objetivo de la Revelación de Dios es hacer que todos los hombres entren en comunión con El, y seamos, como dice la Biblia sus hijos y participantes de su divinidad (cfr. Jn 3,1; 2 Pe 1,4). Todo esto está bien resumido en las siguientes palabras de *Dei Verbum*: "quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cfr. Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina" (n. 2).

Por la Revelación sabemos que Dios habla a los hombres, pero su comunicación no es simplemente verbal; al contrario, asume la profundidad de un encuentro personal; es una revelación de persona a persona, una comprensión entre amigos en vista de su unidad profunda, esto es, una comunión: "En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como a amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía (*Dei Verbum*, 2).

2. Dios se revela por palabras y acciones

Si Dios habla a los hombres, ¿qué lenguaje usa? Entre nosotros hablar es pronunciar palabras. Pero hay otras maneras de comunicarse. "Muchas veces un gesto dice más que muchas palabras" (*Catequese Renovada*, 34). Y así fue como Dios se reveló: a través de palabras pronunciadas por los Profetas en su nombre, a través de *acciones, gestos, acontecimientos*. Esto significa que son auténtica *Palabra de Dios*, acontecimientos históricos tales como la liberación del pueblo judío de la esclavitud egipcia (Exodo), la larga experiencia en el desierto, la conquista de la tierra santa, en fin, toda la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, la vida e historia de Jesucristo y de la comunidad cristiana primitiva en el Nuevo Testamento.

Necesitamos entender que en la Biblia el vocablo que indica la "Palabra de Dios" es *dabar*. Pues bien, este término, en hebreo, la lengua del

Antiguo Testamento, además de significar la palabra propiamente dicha, significa también el hecho, o acontecimiento, o evento, las realizaciones históricas. El Concilio Vaticano II dice que en la Revelación, hechos y palabras están íntimamente unidos. Esto significa que las palabras de los profetas iluminan y aclaran los acontecimientos y que los acontecimientos corroboran las enseñanzas y las verdades transmitidas por las palabras (cfr. *Dei Verbum*, 2). En la vida de Jesús esto está muy claro: Jesús empezó a hacer y enseñar (cfr. Hch 1,1); ahí están los hechos (hacer) y las palabras (enseñar). Jesús revela la palabra de Dios a través de sus actitudes, comportamiento, acciones (milagros), gestos en favor de los más pobres y marginados; al mismo tiempo sus palabras (enseñanzas, parábolas) iluminaban sus gestos, sus acciones. Y los hechos maravillosos que hacía daban autoridad a sus palabras: "habla como quien tiene autoridad y no como los fariseos" (Mr 1,22; Mt 7,29; Lc 4,32).

3. Jesucristo centro de la Revelación

La más alta expresión de la palabra de Dios es Jesucristo. El mismo es la Palabra: es llamado "el Verbo de Dios". Cuando San Juan dice: "el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,14), está afirmando que la propia palabra de Dios se hizo para nosotros acontecimiento histórico, persona. Dios entró en nuestra historia para caminar con nosotros. Dios quiso revelarse a nosotros de este modo bien concreto, vivencial e histórico. Después de habernos hablado de diversos modos con los profetas nos habló por medio de su Hijo, que es la irradiación de su gloria y expresión exacta de su ser (cfr. He 1,1-3). Este es el misterio de la Encarnación, principio fundamental de la catequesis. Así como Dios nos habló asumiendo nuestra realidad humana, también toda catequesis deberá asumir la realidad concreta de cada catequizando para revelarles el amor de Dios en Jesucristo.

Jesucristo, por venir de junto al Padre para vivir con nosotros, puede revelarnos en plenitud la vida y el amor de Dios (cfr. Jn 6,46; 7, 28s; 8,55; 17,21). Por eso se lo llama "el Revelador del Padre", la plenitud de la Revelación, (cfr. *Dei Verbum*, 4). No tenemos otro camino para conocer y vivir la vida de Dios a no ser por Jesucristo. El es el "camino, verdad, y vida" (Jn 14,6). Después de Jesús no podemos esperar ninguna revelación más por parte de Dios. Ya todo fue revelado en él (cfr. *Catequese Renovada*, 51). Por eso decimos que Jesucristo es la Palabra escatológica, es decir, última, suprema y definitiva, punto culminante de la manifestación de Dios y de su proyecto de salvación para los hombres. El Concilio Vaticano II advierte: "La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación (*Dei Verbum*, 2).

El documento *Catequese Renovada* llama la atención sobre el modo como Jesús nos revela al Padre: "de nuevo encontramos la presencia de acontecimientos y palabras estrechamente unidos. Su encarnación, su vida terrena, especialmente su muerte y resurrección son hechos en que la fe reconoce a Dios que se revela y comunica" (n. 51).

Como dijimos, Jesús se comunicó con nosotros a través de sus acciones, gestos, actitudes, principalmente los milagros o signos maravillosos que realizaba, y también con palabras, enseñanzas, doctrinas. Este es también el camino de nuestra catequesis: en primer lugar debe haber testimonio de la fe, es decir, una vivencia concreta del Evangelio y después la palabra, la doctrina, el mensaje. Son dos elementos inseparables de la revelación de Dios y también de la catequesis: deben estar bien unidos en la educación de la fe. Veamos cómo se expresa *Catequese Renovada* en la tercera parte, cuando habla de la Verdad sobre Jesucristo: A las palabras anunciadoras del hombre nuevo y de la sociedad nueva y de crítica profética a la estructura socio-religiosa de su tiempo, Jesús unió hechos. Jesús realiza milagros como señales de ser efectivamente el Mesías, el Liberador. Palabras, actitudes y acciones de Jesús muestran, pues, que el reino de Dios ya llegó. En Jesús, Dios estaba presente venciendo al demonio y creando un hombre nuevo en un mundo nuevo" (n. 191).

4. Un pueblo hace la experiencia de Dios

Otro elemento importante en la Revelación y por consiguiente, para la catequesis, es la dimensión comunitaria. Esto significa que la Revelación se dio a una comunidad, al pueblo de Israel, y en el Nuevo Testamento, a la comunidad cristiana primitiva que tenía al frente a Jesucristo y a los Apóstoles. Muchos piensan que la Revelación se hizo a los profetas y apóstoles y que éstos transmitieron después al pueblo las verdades de la Revelación. Pues bien, la Biblia muestra que la Revelación de Dios ocurrió dentro del caminar de un pueblo. Al vivir este pueblo su historia (luchas, derrotas, historias, sufrimientos, alegrías, luchas y fiestas) fue descubriendo dentro de esta experiencia que Dios se manifestaba misericordiosamente. Los profetas (Moisés, David, Elías, Isaías, Amós, etc.) y los apóstoles también formaban parte del pueblo y con este pueblo caminaban. Por tener una experiencia más profunda de Dios, indicaban a todo el pueblo la presencia de Dios en los acontecimientos y en su voluntad. Por eso, ellos pronunciaban la Palabra de Dios. Jesucristo fue el gran profeta que, viviendo nuestra realidad, pronunció de una manera total y definitiva esta palabra de Dios. Por eso, la comunidad que nace de él y que él constituyó, esto es, la Iglesia, es la verdadera y única portadora de esta Palabra. De ahí viene la importancia de la comunidad, o de la dimensión comunitaria de la catequesis para poder vivir y anunciar la palabra de Dios. Nuestra catequesis es auténtica Palabra de Dios si se realiza en la comunidad local (CEB, parroquia, grupo, movimiento, etc.) y en comunión con toda la gran comunidad eclesial frente a la cual están los obispos y el Papa.

La comunidad cristiana y con ella la catequesis, deben descubrir en el mundo de hoy los acontecimientos en los "signos de los tiempos" la voluntad de Dios. Dios reveló su voluntad y sus caminos dentro de la vida concreta de un pueblo, de una comunidad. Particularmente Dios se hizo presente y manifestó su amor por nosotros en la vida de un hombre, el hombre Jesús de Nazaret. Esto significa que la Revelación se presenta no como si estuviera totalmente exterior al hombre, sino como fruto de

una manifestación de Dios bien dentro de la experiencia humana, es decir, de la vivencia de todas las realidades de la existencia (cfr. *Catequese Renovada*, 68-70). De hecho, hay una profunda unidad entre la experiencia humana y la Revelación de Dios, aunque la Revelación vaya mucho más allá de lo que los hombres podrían esperar de una salvación de Dios. El don de la vida divina que se nos dio en Jesucristo supera largamente cualquier cosa que podamos desear: "la salvación que Jesucristo nos propone sobrepasa con mucho la redención del pecado. Mediante ella se cumple el plan de Dios, que quiere comunicarse con nosotros en Jesús, con tal plenitud, que excede toda expectativa humana, es decir, en Jesucristo todos somos llamados a participar de la propia vida divina por el Espíritu Santo, y de aquella "cristificación" del cosmos y de la historia que Dios pensó desde el comienzo del mundo" (*Catequese Renovada*, 186).

En este punto quisiéramos esclarecer dos dimensiones muy importantes de la revelación: primera, ella ocurrió dentro de la historia, de la caminata de una comunidad (dimensión comunitaria); segunda, no existe hoy verdadero anuncio de la Palabra de Dios si no se realiza dentro de una comunidad de fe y siempre referido a la existencia humana, como clave de interpretación de nuestros problemas, con la promesa de una salvación que sobrepasa nuestros anhelos y se proyecta para el futuro (dimensión histórica y al mismo tiempo escatológica de la catequesis).

5. La pedagogía de Dios

Para que nuestra catequesis se inspire en el concepto renovado de Revelación del Concilio Vaticano II, necesitamos hablar todavía del proceso por el cual Dios se dio a conocer: ¿cómo lo hizo? ¿qué pasos dio? A este Proceso lo llamamos "pedagogía de Dios" (cfr. *Dei Verbum*, 15; *Catequese Renovada*, 40-44).

a) La Revelación fue ante todo un proceso, un caminar. Para un proceso se necesita tiempo. El caminar de la vida de un pueblo dura años, siglos, generaciones. Todo el Antiguo Testamento está ahí para decírnoslo y atestiguar este proceso, este caminar de un pueblo, guiado por el Espíritu Santo, en dirección a la Revelación Plena de Jesucristo. "Estos libros, aunque continen elementos imperfectos y pasajeros, nos enseñan la pedagogía divina" (*Dei Verbum*, 15).

Esta pedagogía significa que Dios respeta nuestro modo humano de ser. Somos seres limitados pequeños. Necesitamos un proceso lento y permanente para crecer. A veces pensamos que Dios está lejos de nosotros, pero somos nosotros los que nos apartamos de El. Tenemos dificultades: nuestro pecado y nuestra flaqueza nos apartan de Dios pero él es paciente y misericordioso, espera nuestra conversión. Durante casi 20 siglos Dios, maestro y educador, fue guiando al pueblo de Israel para que recibiera su palabra hecha carne, Jesucristo. Israel fue un pueblo testarudo (cfr. Dt 31,27; Hch 7,51), tal como nosotros todavía hoy. ¡Qué paciencia la de Dios! Toda la Biblia nos muestra esta paciencia amorosa, que debe ser también una de las características de nuestra catequesis.

La pedagogía divina nos muestra también que El no quiso comunicarse de una vez sino gradualmente y por etapas (cfr. *Catequese Renovada*, 41). Estas etapas se iban revelando a medida que el pueblo tenía capacidad de comprenderlas. Así vemos que Dios en su pedagogía, respeta el ritmo y el proceso de cada uno para llegar a la fe, sea una persona, sea una comunidad. También la catequesis debe recorrer este camino con paciencia y con respeto al caminar de cada uno: el buen catequista, a ejemplo de la pedagogía divina, sabe esperar el momento dado a cada uno para creer sin violentarse ni usar violencia con nadie.

Las *Líneas comunes de orientación para la catequesis en América Latina* describen así esta pedagogía de Dios y de la catequesis: "Esta pedagogía pide que el hombre actúe frente a Dios con entera libertad".

Toda actitud ha de ser resultado de una opción libre; sólo en la libertad plena tiene valor la adhesión al Señor, lejos de toda presión o avasallamiento que destruye lo más sagrado que hay en el hombre. El Dios libre al llamar, quiere encontrarse con alguien libre al responder. Sólo en el encuentro de libertades se puede gestar el diálogo de amor liberador.

Dios ofrece con amor lo que tiene reservado al hombre; el amor mismo es su don; El mismo es el amor; esto podría llamarse el alma de la pedagogía divina.

Amor que humaniza, dignifica; que hermana y promueve; amor que personaliza y orienta las mejores energías espirituales en el sentido de la vocación personal y comunitaria, que cada uno posee en el designio de Dios.

Amor que convoca y crea grupos, comunidades y pueblo.

Amor que se entrega hasta la muerte de cruz.

La Pedagogía de Dios apela a lo mejor que hay en cada hombre. Cree sin medida en las posibilidades de cambio que existen en la persona. Su esperanza en el hombre es inagotable. No cesa de confiar en su capacidad para encontrar respuestas y rumbos que lo lleven a realizar su destino en el mundo y en la historia.

Lo considera capaz de asumir riesgos; lo ve con poder de hacer rupturas y acoger dolores; le reconoce suficiente capacidad para ser fiel. Y cuando alguien se resiste a creer, no lo desprecia ni lo humilla, porque las resistencias que surgen, a nadie quitan su dignidad humana ni el derecho que tiene a que se le respete.

La Catequesis sabe que sólo nutriéndose de esta Pedagogía de Dios será capaz de trazar los auténticos derroteros que eduquen en la fe. Por eso se consagra a la meditación de la Tradición y la Escritura para aprender de ella la pedagogía que conjuga en un solo acto la fidelidad al hombre con la fidelidad a Dios" (n. 128-131).

b) La pedagogía divina respeta el lenguaje de las culturas. La Revelación de Dios en la historia jamás se encuentra en estado químicamente puro. Esto significa que ella se nos transmite a través de la vida

y cultura de un pueblo. Esta fue la pedagogía de Dios. Revelarse respetando nuestro modo humano de ser, nuestra cultura.

Dios habló un lenguaje humano, comprensible para el hombre de la época y de aquella cultura. Al revelarse al interior de la vida y de la historia, la palabra de Dios se reviste de los rasgos culturales, de las situaciones y de los tiempos en que se hace presente. Por eso en la Biblia tenemos multitud de lenguajes y de géneros literarios como un retrato de la vida y de la cultura del pueblo: en la Biblia hay "doctrina, historias, proverbios, profecías, cánticos, salmos, lamentaciones, cartas, sermones, meditaciones, filosofías, romances, canciones de amor, biografías, genealogías, poesías, parábolas, comparaciones, tratados, contratos leyes para la organización del pueblo, leyes para el buen funcionamiento de la liturgia; cosas alegres y cosas tristes; hechos verdaderos y hechos simbólicos; cosas del pasado, cosas del presente y cosas del futuro... La Biblia es tan variada como variada es la vida del pueblo"³.

El modo de pensar y actuar de los pueblos orientales, principalmente semitas, como era el pueblo hebreo, su lenguaje, costumbres, tradiciones, etc. fueron el vehículo e instrumento de la manifestación de Dios. Así, vemos cómo la palabra de Dios se encarna en la palabra del hombre que responde con su fe y expresa esta fe en un lenguaje muy humano sin dejar de ser divino. La palabra de Dios efectivamente nos llega siempre a través de la conciencia de las personas y de los grupos, de comunidades que manifiestan y expresan su fe en esta palabra. Así pues, la palabra de Dios se revela en un diálogo resultante del encuentro de Dios con el hombre que oye y responde, reflexiona y proclama su experiencia con sus palabras humanas. De este modo, la palabra de Dios se mezcla con la palabra del hombre de una manera inseparable.

La consecuencia para nuestra catequesis es clara. Según el modelo del proceso y pedagogía de Dios, la catequesis deberá ser también una palabra encarnada en las situaciones históricas, en las culturas, en el modo de ser de cada grupo o comunidad. A partir del Sínodo de 1977 sobre la catequesis, toda la Iglesia insiste en el problema de la *inculturación en la educación de la fe*. Es un desafío para nosotros. Poco o ningún efecto tendrá una catequesis si llega a ser mera repetición de doctrinas en un lenguaje incomprensible para el hombre de hoy. Ciertamente, la catequesis es enseñanza, exhortación, proclamación y profesión de fe, oración y testimonio pero todo esto hay que hacerlo esforzándose por interpretar nuestra existencia, nuestros problemas, nuestro caminar y expresándolo en nuestro lenguaje de hoy. Este es el desafío del principio de interacción: la fe, la palabra de Dios debe iluminar, cuestionar nuestra realidad; a su vez, nuestra vida, nuestra manera de ser, nuestros problemas, deben influir en las formulaciones de la fe, es decir, debemos expresar la fe y formularla de acuerdo a nuestra manera de ser, a nuestra cultura, a nuestros problemas.

³ Carlos MESTERS. *Flor sin defensa. Una explicación de la Biblia a partir del pueblo*. Bogotá CLAR 1987, p. 19.

El catecismo tradicional con su lenguaje doctrinario no siempre consiguió hablar de modo que el pueblo comprendiera. En este sentido, la Biblia usa un lenguaje más directo y más ligado a la vida. Esto es lo que dice *Catequese Renovada*; "el pueblo que no consiguió unir muchas veces el catecismo con la vida, consigue unir la Biblia con lo cotidiano" (n. 291).

En América Latina, particularmente en Brasil, ya conseguimos hacer esto en algunos lugares, particularmente en las CEB que procuran vivir su fe en la palabra de Dios bien unida a la vida. También las Campañas de Fraternidad han conseguido vivir esta pedagogía de Dios en la medida en que consiguen iluminar un determinado problema de nuestra realidad a la luz de la palabra de Dios. Al mismo tiempo todo esto se piensa, se expresa, se canta, se reza, se reflexiona, se comunica a todo el Brasil con un lenguaje bien nuestro, bien brasileño, bien inculturado. Esto vale principalmente para los cantos, liturgias, círculos bíblicos y otros subsidios de la Campaña de la Fraternidad.

Por supuesto habría mucho que decir sobre la pedagogía de Jesús en el Evangelio. El es el Maestro supremo de esta pedagogía de Dios, modelo de todo catequista.

6. La Biblia, libro de la fe

Con todo lo dicho hasta ahora, no está todavía respondida la primera pregunta: ¿por qué la Biblia es la fuente principal de la catequesis? Sin embargo ya pusimos el cimiento para la respuesta y en parte ya respondimos la segunda cuestión. En definitiva, ¿por qué la Biblia se ha convertido en el libro por excelencia de la educación de la fe? Es necesario ver cuál es el papel de la Biblia en la Revelación, cómo fue escrita, qué valor le damos.

Todos sabemos que la Biblia contiene la palabra de Dios y que fue divinamente inspirada por el mismo Dios (cfr. 2 Ti 3,16), teniendo al Espíritu Santo como autor principal (2 Pe 1,21). Pero, a propósito de la inspiración de la Biblia y de su composición, muchos se engañan: algunos piensan que la Biblia cayó lista del cielo; otros se imaginan que los autores sagrados actuaban pasivamente, es decir, oían una palabra de la misma boca de Dios o de un ángel, y transcribían lo que iban oyendo. Veamos lo que dice *Catequese Renovada*: conocemos la acción divina en el curso de la historia por el testimonio de la Sagrada Escritura: ella contiene el relato de los acontecimientos salvíficos y palabras proféticas por los cuales Dios se revela y da sentido a toda nuestra historia... Toda la Biblia es la narración, bajo la inspiración del Espíritu Santo, de las experiencias concretas de un pueblo en busca de Dios y de la acción de ese Dios revelándose a este pueblo" (n. 175-176). Es muy importante para la catequesis saber que ante todo la Biblia narra experiencias de Dios que tuvieron personas, comunidades y particularmente el pueblo de Israel sintiéndolo en sus vidas. La Biblia es, por tanto, un libro profundamente vital y no tanto doctrinal. Narra acontecimientos de la vida con toda su complejidad, sus alegrías y dolores, virtudes y pecados, aciertos y engaños,

altibajos, marcados siempre por la presencia de Dios. "Cuenta los hechos del modo como fueron recordados por el pueblo. Historias de gente que procura convertirse y ser hermanos. Historias de gente oprimida que procura liberarse. Es el relato del caminar de un pueblo en busca de Dios.

También hoy la catequesis quiere guiar a los cristianos en busca de Dios. Dios sigue manifestándose en nuestra vida, en nuestra realidad. Nuestra experiencia de Dios se funda en la experiencia que el pueblo de Israel (Antiguo Testamento) y particularmente el hombre Jesús de Nazaret y la comunidad cristiana primitiva (Nuevo Testamento) tuvieron de Dios. Los relatos de los acontecimientos, reflexiones, doctrinas, mensajes que dan fundamento a nuestra fe están en la Biblia. Por eso la Biblia pasa a ser la fuente principal de la búsqueda de Dios, de la experiencia de Dios en nuestra vida, de la educación de la fe, de la catequesis.

Muchas personas, antes y especialmente después de ser escrita la Biblia, tuvieron experiencias profundas de Dios y las dejaron escritas. Pero nosotros creemos que la Biblia fue inspirada por el Espíritu Santo y contiene todo aquello y sólo aquello que es necesario para nuestra salvación (cfr. *Dei Verbum*, 11). Decimos que la experiencia bíblica, particularmente la vida, pasión, muerte y resurrección de Jesús es la experiencia que fundamenta nuestra fe. Decimos también que esta fue la "Revelación Constitutiva", es decir la que constituyó a la Iglesia. La Iglesia una vez fundada y consolidada no necesita ya de nuevas experiencias ni de nuevos libros sagrados. Por eso ya no se sigue escribiendo la Biblia. Con la muerte de los apóstoles, testimonios de la resurrección (cfr. Hch 1,8-22) y columnas de la Iglesia (Gá 2,9), termina la Revelación Constitutiva.

Debemos sin embargo atender a otro elemento. Jesús no nos dejó ningún escrito. Nos dejó una comunidad viva, la Iglesia (cfr. *Catequese Renovada*, 57). Pues bien, la Biblia no es sino el libro que relata las experiencias de una comunidad: tanto la comunidad antigua (pueblo de Israel) como la nueva (nuevo pueblo de Dios, la Iglesia). Si la Iglesia escribió la Biblia, sólo podemos entenderla bien unidos a esta Iglesia. La Biblia pierde mucho de su valor fuera de la comunidad en que se escribió.

Necesitamos, pues, aclarar otros dos conceptos importantes para comprender la Biblia y la catequesis: el concepto de Tradición y el de Magisterio (cfr. *Dei Verbum*, 7-10; *Catequese Renovada*, 57-62). El pueblo de Dios (Israel y la Iglesia) primero vivió una profunda experiencia de Dios, la expresó en relatos que al principio se iban comunicando oralmente de padres a hijos, de generación en generación, y solo después comenzaron a escribirse esos relatos. Así, los evangelios, que narran el mensaje de Jesús hecho de acontecimientos (principalmente su pasión, muerte y resurrección) y de enseñanzas (sus discursos y parábolas) antes de ser escritos fueron objeto de la catequesis de la Iglesia primitiva que reelaboró y reinterpretó las palabras y hechos de la vida de Jesús. Estas catequesis se pusieron por escrito después. La Tradición es este mensaje vivo que la Iglesia posee, transmite y perpetúa, progresando siempre "en la comprensión de la doctrina, en la vivencia de la caridad y en la edificación de la sociedad, manteniendo el evangelio vivo y eficaz" (*Catequese Reno-*

vada, 59). "Esta Tradición apostólica va creciendo en la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo" (*Dei Verbum*, 8).

La Biblia nació de esta tradición y es parte suya dentro de la Iglesia. Más aún, en virtud de esta misma tradición fue que la Iglesia estableció la lista auténtica o canon de los libros sagrados.

Hay una profunda unidad entre Tradición y Sagrada Escritura. Dice el Vaticano II: La Tradición y la Escritura están estrechamente unidas y compenetradas; manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin. La Sagrada Escritura es la palabra de Dios, en cuanto escrita por inspiración del Espíritu Santo. La Tradición recibe la palabra de Dios, encomendada por Cristo y el Espíritu Santo a los Apóstoles, y la transmite íntegra a los sucesores, para que ellos, iluminados por el Espíritu de la verdad, la conserven, la expongan y la difundan fielmente en su predicación. Por eso la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado. Y así ambas se han de recibir y respetar con el mismo espíritu de devoción" (*Dei Verbum*, 9).

Jesús dejó a los apóstoles al frente de su Iglesia como cabezas de la comunidad. Ellos y sus actuales sucesores (los obispos en comunión con el Papa) poseen un carisma especial del Espíritu Santo en vista de un servicio a la palabra de Dios. Es el Magisterio de la Iglesia al cual corresponde la interpretación auténtica de la Tradición y de la Escritura, como también su correcta encarnación en las diversas culturas y en las diferentes etapas de la civilización. El Magisterio de la Iglesia, ejercido en humilde espíritu de servicio y comunión eclesial y auténticamente comprendido, no tiene que ver nada con una dictadura intelectual o imposición arbitraria. Al contrario, sus intervenciones son directivas que guían al pueblo de Dios en su continua búsqueda y caminar. Está al servicio de los hombres (cfr. *Líneas Comunes*, 38).

La Biblia pasa a ser auténtico Libro de la Fe dentro de todo este contexto de Comunidad, Tradición y Magisterio. Ella es la fuente donde se inspira y de donde fluye la vivencia de nuestra fe, nuestro caminar hacia Dios. Ella es la Palabra de Dios escrita para nosotros. Es una palabra transmitida, vivida, leída e interpretada por generaciones y generaciones de cristianos, que debe hoy adquirir una novedad para el hombre moderno porque se la anuncia en este determinado contexto social e histórico. "Hay que leer la Biblia como principal fuente de la fe en el contexto de la vida aunque a la luz de la Tradición y del Magisterio, que son la garantía para nosotros de una correcta interpretación" (*Catequese Renovada*, 176).

La catequesis renovada se caracteriza por el uso continuo de las Sagradas Escrituras como fuente principal del crecimiento en la fe. Es el libro por excelencia, por encima de cualquier otro libro o fuente. En algunas religiones (como entre musulmanes) la educación de la fe se hace únicamente por la lectura de sus textos sagrados, sin mediación de un "catecismo". Ciertamente, no podemos despreciar el valor del "texto de catequesis" por ser una conquista de nuestra religión. Pero esto no significa dejar de lado la fuente principal de la catequesis que es la Biblia. Toda verdadera catequesis es una introducción a la lectura y comprensión de

la Biblia. Ella debe enseñar a leer e interpretar la Sagrada Escritura tanto personalmente como en grupo y en la Liturgia (cfr. *Catequese Renovada*, 87-89).

7. La catequesis como Ministerios de la Palabra

La catequesis se presenta en la Iglesia como un auténtico servicio a la Palabra de Dios. Será infiel a su misión si no proclama continuamente la Palabra de Dios. "El catequista se dedica de modo específico al servicio de la Palabra, haciéndose portavoz de la experiencia cristiana de toda la comunidad (*Catequese Renovada*, 145).

Debe notarse que el catequista no es un simple repetidor de doctrinas o un profesor como cualquier otro. La matemática o la geografía que enseña un profesor no tiene nada que ver con la vida del profesor. No pasa lo mismo con la catequesis. El catequista está profundamente involucrado en lo que transmite y enseña. Necesita comunicar una experiencia de Dios, la Palabra de Dios vivida, reflexionada y expresada hoy, en su situación determinada.

El catequista se parece mucho en su misión a los profetas bíblicos. ¿Quiénes eran ellos? Eran personas que vivían en medio de su pueblo, tenían una experiencia más profunda de Dios, percibían más claramente los caminos y las acciones de Dios y procuraban guiar al pueblo por donde Dios quería, iluminados con un don especial de Espíritu Santo. Hacían esto a través de exhortaciones, instrucciones, denuncias de los yerros y pecados, crítica de los abusos y, sobre todo, a través del anuncio de una promesa de salvación por parte de Dios. Su palabra era realmente Palabra de Dios.

Hoy también el catequista es un profeta, auténtico portador de la Palabra de Dios para sus hermanos en la fe. El procura, a la luz de la Biblia y de las enseñanzas de la Iglesia, llevar a sus catequizandos por los caminos de Dios de una manera bien vital. El ayuda a los catequizandos a hacer una experiencia de Dios que se reveló antiguamente y que sigue revelándose hoy. Por eso, la catequesis es realmente la Palabra de Dios pronunciada hoy. En la catequesis efectivamente "resuena" esta palabra divina (cfr. *Catequese Renovada*, 31).

Si esto es así, esta palabra de Dios anunciada en la catequesis contiene todas las características de la Palabra de Dios contenida en la Revelación Constitutiva y descrita en los párrafos anteriores. A lo largo de esta exposición ya hemos sacado algunas conclusiones de esta verdad. Ahora vamos a profundizar un poco más algunos aspectos.

a) *La catequesis es ante todo la expresión de Dios que quiere revelarse y darse a los hombres.* Por tanto, es una acción más divina que humana. Traduce la acción de Dios que continúa revelándose hoy a los hombres. Este es un gran misterio: Dios quiere entrar en comunión con el hombre. La catequesis es instrumento y signo de este encuentro que tiene lugar en lo más profundo de los corazones. Por eso nunca podrá

ella reducirse a la comunicación fría de algunas nociones, conceptos y hechos. Ella debe poseer todo el calor y la vida que tenía la palabra de Dios en la boca de los profetas.

b) *La catequesis posee el poder y la fuerza de la palabra de Dios.* Si la palabra de los profetas tenía el poder de transformar los corazones y de orientar a los hombres hacia Dios, ¿por qué nuestra catequesis hoy es tan ineficaz? Es que confiamos muchas veces en nuestras pobres fuerzas y no en la fuerza y eficacia de la palabra de Dios? Muy bien dice el documento de Medellín: "en nuestra misión pastoral confiaremos ante todo en la fuerza de la Palabra de Dios" (documento 14, n. 14). Es preciso demostrar que nuestra catequesis participa del dinamismo de la Palabra de Dios.

c) *La catequesis eclesial se realiza bajo la acción del Espíritu Santo.* En la Sagrada Escritura el primer inspirador es el Espíritu Santo. Es el "autor principal" de la Biblia. Los profetas que hablaban en nombre de Dios se sentían revestidos del Espíritu de Dios. También el catequista debe sentirse impulsado por el Espíritu Santo. Bajo inspiración suya catequizamos hoy en la Iglesia. Es claro que cada uno aisladamente no se puede sentir "dueño" de la verdad ni portador del Espíritu Santo. Pero, en la medida en que vivimos en comunión dentro de una comunidad, fieles a las directivas de la Iglesia y a sus pastores, podremos estar ciertos de que el Espíritu de Dios está con nosotros. En este sentido la catequesis debe crear un clima que favorezca la transformación interna por obra del Espíritu Santo: docilidad, apertura, unidad interior, espíritu de comunión. Por eso, la catequesis exige un clima espiritual de oración y contemplación. El Espíritu Santo es quien nos hará oír, practicar, atestiguar y comunicar la Palabra de Dios. Sin El es imposible descubrir el sentido que la Biblia tiene para nosotros (cfr. Jn 16,12s; 14,26). El Espíritu Santo es don de Dios, hay que pedirlo en la oración. Todo catequista debe tener una profunda espiritualidad, una verdadera mística de donde brotará eficazmente toda su acción catequística.

d) *La catequesis es una comunicación profundamente personal realizada en una comunidad.* Como vimos, la Revelación de Dios no fue una comunicación de "verdades" o "doctrina fría e insensible". Fue comunicación del propio Dios y de su vida para nosotros, particularmente mediante su Hijo Jesucristo. Tampoco nuestra catequesis se reduce a informaciones sobre Dios, sino que debe ser profundamente personal, es decir debe tocar a la persona total del catequizando su inteligencia, voluntad, conciencia, libertad, afectividad, desarrollo, maduración. Desgraciadamente hay mucha catequesis que llega solamente exteriormente a las personas sin alcanzar sus convicciones profundas.

La verdadera catequesis es una palabra viva y penetrante, un mensaje que interpela personas y comunidades, que favorece un encuentro personal del catequizando con Dios. Lleva a dar una respuesta vital a la palabra de Dios mediante una fe viva y cooperante, transformadora. Claro es que antes de alcanzar la persona del catequizando, en la catequesis la Palabra de Dios debe penetrar profundamente la persona del catequista. El educa

y comunica más con el testimonio personal de vida que con palabras y discursos.

La dimensión comunitaria y eclesial debe ir unida a este aspecto personal. En realidad para que la Iglesia no perdiera nada de lo que había recibido, Jesús prometió y envió su Espíritu, para que la ayudara a mantenerse fiel a la Revelación y al mismo tiempo le ayudara a descubrir siempre mejor ese misterio que es Dios, sabiendo presentarlo siempre más vivo y actual a todos los hombres y con todas las épocas. La catequesis, por eso, es siempre obra de comunidad. No se puede ya pensar en una catequesis o catequista aislados. Iremos descubriendo los caminos de Dios dentro de nuestra historia para transformarla por la fuerza de la Palabra de Dios solamente unidos a la comunidad local cristiana (CEB, parroquia) y a las comunidades mayores (diócesis, Iglesia universal).

e) *La catequesis es una palabra transformadora y liberadora.* Dios habló y todavía habla en los acontecimientos de la historia. La catequesis, por ser palabra de Dios hoy, procura discernir esta presencia de Dios actuando hoy en nuestra vida. La presencia de Dios en la historia bíblica era una presencia transformadora de los acontecimientos: transformó la esclavitud en liberación, la pasión y muerte de Jesús en fuente de vida para toda la humanidad, llevó al pueblo de Dios a apartarse del pecado, de todas las injusticias y esclavitudes para entrar en comunión con El.

También hoy Dios quiere actuar así a través de la catequesis: quiere transformar la vida de su pueblo e impulsar a sus hijos para la lucha por la justicia y la liberación de la humanidad. Por eso la catequesis debe ser una palabra que interpela e ilumina la vida. La simple exposición de los hechos bíblicos todavía no es propiamente catequesis: es preciso ayudar a los hermanos en la fe a abrir los ojos a la realidad y ver en ella la presencia salvadora de Dios, que quiere transformar esta misma realidad por la fuerza de su gracia en nosotros.

Por eso la catequesis posee una dimensión liberadora. Ella no sería fiel a la Palabra de Dios si no contribuyera a la transformación de la sociedad (cfr. *Catequese Renovada*, 73s.).

Conclusión

Hoy tenemos una idea diferente de Biblia y de Revelación que cambia también la idea y el concepto de catequesis. La Revelación, como la catequesis no se puede concebir de una manera abstracta, intelectualista, centrada exclusivamente en hechos pasados, estática, impersonal, individual. Hoy vemos la Revelación de Dios como un *encuentro personal* entre Dios y los hombres, pues El quiere revelarse a sí mismo, principalmente en la persona de Jesucristo, plenitud de la Revelación.

La Revelación posee una dimensión social, pues la comunicación divina se dirige a un pueblo, a una comunidad viva y no a individuos aislados. El lenguaje que Dios usó para hablarnos está hecho de *palabras*

y *acontecimientos* íntimamente unidos, pues Dios habla por dentro de la experiencia existencial de su pueblo: de ahí el carácter histórico-antropológico de la Revelación. Esto demuestra también la pedagogía de Dios, hecha de mucha comprensión y de pequeños pasos para que el hombre comprenda existencialmente (y no sólo "intelectualmente") su Palabra.

La catequesis renovada, inspirándose en este concepto de Revelación procura ser *un servicio a la Palabra de Dios* que continúa revelándose. Dado que tiene como fuente principal la Biblia y como ejemplo de acción educativa de la fe del pueblo la pedagogía de Dios, la catequesis hoy *adquiere todas las dimensiones de la Palabra de Dios*, pues ella es, realmente una palabra de Dios para el hombre moderno, y los catequistas son los *nuevos profetas* de esta palabra. Así, el catequista, al leer la Biblia con el corazón y la mente de la Iglesia, deberá ayudar a las personas dentro de la comunidad cristiana, a crecer en la fe, es decir, en la capacidad de acoger y comprender la Palabra de Dios, para que transforme sus vidas y edifique la comunión con los hombres en Dios. El catequista deberá ayudar a las comunidades cristianas a inserirse consciente y activamente en la historia del pueblo de Dios, marcada por la comunicación del Padre en el Hijo Jesús, por el Espíritu Santo.

Finalmente, la catequesis renovada es profundamente cristocéntrica, pues Jesucristo es el centro de toda la Biblia, de toda la revelación. Todo en la catequesis deberá converger hacia Jesucristo, Revelador Supremo de Dios y del hombre, pues El es el hombre perfecto. Así, una catequesis Cristocéntrica tendrá una dimensión antropológica, pues Jesucristo es una persona viva, resucitada, que camina al frente de nuestra historia para transformarla y llevarla a la plenitud de realización conforme a los planes de Dios. "El está en medio de nosotros": es una aclamación litúrgica que bien resume en una feliz formulación de fe, toda la realidad que queremos proclamar con nuestra catequesis.